

Un fantasma del Dorado

NO se ofrece precisamente rico en huellas de mirada, el paisaje histórico de la América colonial: de mirada española—cabe puntualizar—, más remisa que la sajona, aunque el fenómeno no sea razonable. ¡Y cuidado que abundan las solicitudes a la exploración aquí y allá...! Figuras, episodios, instituciones, buenos y malos usos, tientan a la pesquisa de pormenores que, respectivamente, los fijen, encajándolos, con el tino posible, en la ancha y desigual perspectiva. Pero bien porque la historia metropolitana o peninsular agote la curiosidad y el esfuerzo de los investigadores; bien porque sea de tradición harto discontinua entre nosotros el gusto por los temas de Ultramar—Muñoz, Navarrete, Jiménez de la Espada...—, lo cierto es que la conquista y colonización de América, con ser la más eminente cima de nuestro pretérito, no ha incitado a un total escalo por la sucesión de cabales monografías. Dijérase que nos ha bastado con la elaboración a brazo retórico de un Mito sobremanera brillante: el Mito del Conquistador, brillante hasta ofuscar. Pero aun así, el Mito

necesita de ese pedestal que se obtiene por acumulación de realidades y comprobaciones. No es viable el Mito que nace de la pura intuición o de la simple fantasía, para cumplir la egregia función que le corresponde en la economía moral de las naciones. Toda la razón histórica del Mito pende de que los hechos sean decantados de tal suerte que lleguen a destilar la gota esencial de su sentido más profundo. Hechos en serie, bien caracterizados y definidos, prejuzgan y facilitan la creación del Mito—resultante y símbolo—que a la conciencia de un país pueda aprovechar. Justamente, los Conquistadores fueron contemporáneos de un Mito sobrevenido con la instantánea fuerza operante de un milagro. Y por lo mismo que ese Mito súbito y alucinante—el del Dorado—no era hijo del capricho ni del delirio, sino de una estricta verosimilitud y aun de una verdad substancialmente comprobada, pudo actuar—y actuó, desde luego—con eficacia tan vehemente, que el alma de capitanes y soldados se dejó arrebatar, de grado inmejorable, por la fe y la esperanza: doble espuela del héroe. Fe y esperanza en las buenas presas, en el botín, en el interés—nada simple—del marcial negocio.

Importa poco la existencia o no existencia del príncipe aquel que por untarse de oro molido, dió pretexto a la figuración del Dorado. Príncipes de oro, príncipes de plata, príncipes de quimera... Pero los indios que se llegaron a Sebastián de Belalcázar o a Gómez de Alvarado, no mentían en el fondo: hablaban en lenguaje figurado, como cuantos se acercaban a nuestras banderas, cargados de noticias deslumbrantes,

de alusiones a países lejanos y espléndidos, en que los metales preciosos corrían alrededor de los hombres como las aguas o los vientos: el Dorado, la casa del Sol, Omagua... No eran quimeras los tesoros de Tenochtitlán o del Cuzco. Perules, Jaujas y Potosíes localizaban el Mito en la realidad geográfica, y acertaban a darle movimiento y formas de ser vivo. Aparte de la naturaleza misma, que presentaba sus accidentes a escala enormísima, justificando la fe en lo fabuloso.

Era bueno que así ocurriese. Y es claro: la codicia no hace decaer a los Conquistadores de su bien ganado rango histórico. Cuidado con someterlos a una valoración ética. Cada panorama requiere su miradero adecuado. La sed de compensaciones materiales es connatural a quienes hacen del esfuerzo heroico ejercicio cotidiano y profesional. Sólo cabe pensar en el desinterés absoluto del héroe que improvisan las circunstancias del momento. Quesada u Orellana, al buscar el Dorado, corazón de las Indias adentro, creían contar con el rendimiento útil de la empresa. Mucho riesgo, cierto. Pero la ganancia sería pasmosa. Viajeros por necesidad, la geografía se ensanchaba. Misioneros a su modo, la cruz extendía el patrocinio de su sombra. Pero era el brillo de las prometidas riquezas lo que encandilaba los ojos y sacudía el corazón de los Conquistadores. Ya Colón había sabido que «el oro es excelentísimo», que su poder «hasta saca las almas del Purgatorio».

No parece que en nuestra epopeya trasatlántica cargue con mucha fuerza el acento cristiano y caballeresco, propio, en gran parte, de nuestro forcejeo con el

Moro, año tras año, siglo tras siglo, de la Reconquista. En trance de buscar un antecedente a los suspirantes exploradores del Dorado, quizá lo hallaríamos—salvadas las respectivas dimensiones—en los catalanes y aragoneses de siglos antes, peregrinos de Oriente y cruzados de Mercurio.

Formen cola los Conquistadores: uno a uno, y cada cual con su verdad sobre la palma de la mano. Los habrá de la índole más diversa: gesto vario, atavío distinto, intenciones múltiples. Sólo cuando hayan desfilado todos, nos será dado el reducirlos a un perfil común. No nos despiste el señorío de éste o la villanía de aquél; la crueldad de uno; la impiedad de otro; la demencia del de más allá... No todos serán rapaces y sanguinarios, pero es seguro que ninguno ha formado su alma bajo la disciplina melancólica, desprendida y humilde del *Kempis*. Cualesquiera que sean las señas individuales, el aire de familia subsiste poderoso, batiendo frentes altivas y corazones intrépidos. Al eliminar prendas sueltas, lograremos obtener el esquema esencial de los Conquistadores. No prescindamos de lo vulgar. La gran corriente del heroísmo arrastra de todo: no ya lo impuro—fermento natural de muchas proezas—, sino hasta lo insignificante. Es curioso, a este respecto, pasar revista con Bernal Díaz del Castillo—tan buen conocedor de gentes—a los compañeros de Cortés: «Francisco Salcedo, por pulido le llamábamos el Galán; a Pedro Solís le llamábamos *Tras la puerta*, por la afición que tenía de oír sin ser visto; a otro, Juan el *Entonado*, por presuntuoso;

Tarifa *el de los servicios*, porque decía que había hecho muchos, y no le daban nada; Tarifa *el de las Manos blancas*, porque no era para guerra, ni cosa de trabajo, sino para hablar de lo que le había acaecido en Sevilla; Pedro de Ircio, *Pasi-corto*, hablaba mucho que había hecho y acontecido en Castilla por su persona, y lo que veíamos y conocíamos de él, no era para nada...» Y así tantos, figurantes de la comedia de todos los días y de todos los lugares, más que sujetos de alta épica: faltos de biografía personal, pero importantes por lo mismo que determinan el fondo sobre que se destacan, por delegación o mandato, las pasiones definitivas de la Gesta incomparable. Es así como puede humanizarse el símbolo.

... Y hasta una vena de locura, según se ofrece en Lope de Aguirre, ya documentado por entero, gracias a un libro reciente, razón inmediata de estas líneas: «La expedición de Ursúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre.» Su autor, Emiliano Jos, para ejemplo de cuantos quieran realizar con otras figuras, análogos trabajos exhaustivos, ha montado una maquinaria de bien conjugada erudición, disuelta en el texto y patente en un apéndice documental de ciento cuarenta y nueve números, y en una Bibliografía que cuenta más de trescientos títulos. La legendaria figura de Aguirre, el tirano loco, nos es así devuelta, reelaborada a conciencia, con todos sus papeles en regla.

¿El tirano? ¿El loco...? ¿Y si fuera, en última instancia, nada menos que un precursor de los Libertadores? Quien haya leído *Los vascos en América*, de D. Segundo Ispizua, se creará autorizado para

pensar que Lope de Aguirre ya estaba consolidado, bajo un signo del todo favorable, en el juicio histórico. Pero Ispízuca, para rehabilitar la fama del rebelde, tuvo que desmentir relaciones concluyentes de coetáneos: Munguía, Zúñiga, Vázquez, Pedrarias de Alместo; referencias muy próximas de otros cronistas: Juan de Castellanos y Fernández de Piedrahita; juicios modernos, el de Sir Markham, *verbi gratia*; versiones literarias que datan de Ercilla, contemporáneo de Aguirre, «más que Nerón y Judas inclemente»; tradiciones que subsisten sin perder virtud en Barquisimeto y Burburata, donde el chispeo fosfórico de las aguas representa, para las gentes medrosas, el alma errante del Conquistador en expiación eterna. Se imponía, pues, la necesidad de la palabra última que el señor Jos acaba de pronunciar, volviendo sobre todo lo actuado y remontando el curso historial hasta las fuentes mismas con método y pericia.

Ello fué que en 1560 se hicieron al agua de los Motilonés—cauce para llegar al del Marañón—unos bergantines improvisados como Dios quiso, conduciendo al incierto Dorado un tropel de soldados que en D. Pedro de Ursúa habían jurado su capitán. Lope de Aguirre se llamaba uno de los expedicionarios, fogueado como los más en las discordias de Almagro y Pizarro. No tardó en señalarse por la macabra manera con que sirvió el cargo que le fué discernido de «Tenedor de muertos»: quiso hacerlos, por lo visto, antes de proveer a sus bienes. Y como trabajaran el ánimo de los «marañones»—así llegaron a

llamarse — la impaciencia, los antagonismos y las apremiantes necesidades que venían siendo propias de estas jiras esforzadas, entre bélicas e industriales, Aguirre supo beneficiar de tal manera las circunstancias, que la hueste quedó decapitada al ser muerto Ursúa, con provecho inmediato de nuestro héroe, alzado a la dignidad de Maestre de Campo, si bien tuviera que compartir el mando con un cierto La Bandera, hecho teniente general. Pero Lope de Aguirre sabía ya cómo se suprimen rivales, y hasta vislumbraba cómo era suyo el porvenir si conseguía que la vanidad del caballero D. Fernando de Guzmán se soliviantase en forma que la ficción de un Reino diera motivo al endoso de atribuciones casi cesáreas. Aclamado un rey, hechura de Aguirre, Aguirre sería de hecho el señor del «Perú, Tierra-firme y Chile». Por cierto que no deja de intervenir el amor en este bárbaro poema. Media, sí, una mujer, disputada por los cabecillas, amante en un principio de Ursúa: la mestiza Inés de Atienza, Helena de bohío. Como de bohío es también la versión histórica que nos dan las Indias de nuestro indefectible don Juan, seductor como siempre seducido. En su *Nacimiento de la América española*, Juan B. Terán indica, sagazmente, la pista de algunos procesos por brujería, contra indias que retienen junto a sí soldados harto propicios a la defección y al desnaturamiento. El sortilegio—bien se ve—no era nuevo, ni parece que caduque alguna vez.

El acta por cuya virtud se creó en Marañón una monarquía independiente de la española, lleva

firma, rúbrica, sellos, legalización en forma de un escribano de cámara... Fuera obtenido el asentimiento de todos por un ardid de Lope de Aguirre, o no, el documento es fehaciente en lo que más interesa, en la revelación súbita de un destino histórico. No fué Aguirre, en verdad, un rebelde más, agrio fruto de facciones desatadas y alucinaciones de grandeza, más o menos momentáneas, como Gonzalo Pizarro o Hernando Contreras. Tampoco una anticipación de Miranda, Bolívar o San Martín. Pero no es preciso creer tanto para quedar persuadidos de que el acta proclamando rey a don Fernando de Guzmán, sirve de antecedente singularísimo a la emancipación americana, consumada tiempo adelante, aunque no tratasen los «marañones» de manumitir políticamente a los indios, sino de suplantarlos en la soberanía y disfrute de sus tierras. Hablan Aguirre y sus hombres en el memorable documento un lenguaje resentido, de conquistadores que se creen chasqueados por el Gobierno a que venían sirviendo. «Toda la gente—atestiguan— que estaba presente, a una voz dijeron que nombraban y eligieron por Príncipe y señor al dicho don Fernando de Guzmán para que vaya a los reinos del Perú y los conquiste y quite y desposea a los que ahora los tienen y poseen, y meta debajo de su sujeción y nos remunere y gratifique en ellos el trabajo de los que en dichos naturales hemos trabajado en lo conquistar y pacificar de los indios naturales de los dichos reinos, por cuanto habiéndoselo ganado a los dichos indios, con nuestras personas y con nuestro trabajo, derramando nuestra sangre, a nuestra costa y misión, no fuimos

gratificados en ella, ni remunerados, ni se nos dió premio alguno...»

Los propósitos parecen ganar objetividad y categoría en otro documento de mayor alcance aún, memorial de agravios que anticipa quejas de vasta resonancia histórica; la carta, de insólita altivez, dirigida por Lope de Aguirre a Felipe II, de potencia a potencia: «*Ávisote, rey—clama nuestro hombre, afectando inocencia y sentido jurídico—que cumple haya toda justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus Oidores, Visorrey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros, cuyos nombres después diré, de tu obediencia, y desnaturalizándonos de nuestra tierra que es España, para hacerte la más cruel guerra que nuestras fuerzas pudieran sustentar y sufrir; y esto creo, rey y señor, nos ha hecho hacer el no poder sufrir los grandes pechos, premios y castigos injustos, que nos dan tus ministros, que por remediar á sus hijos y criados han usurpado y robado nuestra fama, vida y honra, que es lástima, Rey, el mal tratamiento que se nos ha hecho... Mira, mira, Rey español, que no seas cruel á tus vasallos ni ingrato, pues estando tu padre y tú, en los reinos de España sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos á costa de su sangre y hacienda, tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes, y mira, Rey y señor, que no puedes llevar con título de rey ningún interés de estas partes, donde no aventuraste nada...*» No falta un matiz de sarcasmo: «*Por cierto tengo que van muy pocos reyes al infierno,*

porque son pocos, que si muchos fuérades, ninguno pudiera ir al cielo...» Ni un grito de vidente: «¡Ay, ay, qué lástima tan grande que César y Emperador, tu padre, conquistase con las fuerzas de España la superba Germania y gastase tanta moneda llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, que no te due las de nuestra vejez y cansancio, siquiera para matarnos la hambre un día!» No se precisa que la historia aduzca pruebas para desautorizar al querellante, puesto que el propio Lope de Aguirre, con jactancia que escalofría, enumera algunos de sus asesinatos: «Yo maté al nuevo Rey, y al capitán de su guardia, y al teniente general, y á cuatro capitanes, y á su mayordomo, y á su capellán, clérigo de misa, y á una mujer de la liga contra mí, y á un comendador de Rodas, y á un Almirante, y á dos alférez, y otros seis aliados suyos, y con intención de seguir la guerra adelante, y morir en ella por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros, nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y quisiéronme matar, y los ahorqué á todos.»

Siniestro juego de agresiones, venganzas, golpes y contragolpes.

Al cabo, Lope de Aguirre perdió la partida. No sorprende que muriese a hierro quien a hierro mató. Sus númenes familiares, el terror y la traición, le volvieron la espalda: tigre herido, acorralado por los colonos venezolanos y la creciente legión de sus desertores, que el desengaño jaleaba, Aguirre se revolvió entre blasfemias: «No quiero creer en Dios, ni en

la ley judaica, ni morisca, sino nacer y morir.» Pero esperó a la muerte de un modo que hace pensar en creaciones terribles del Dante o en manufacturas románticas a lo Víctor Hugo. La literatura, evidentemente, no podía desatender la sugestión brindada por el trance último de Lope de Aguirre. Y nuestro Valle-Inclán la aprovecha en su magnífico *Tirano Banderas*: «Sin alterar su paso de rata fisgona, subió a la recámara donde se recluía la hija. Al abrir la puerta, oyó las voces adementadas: —¡Hija mía, no habéis vos servido para casada y gran señora, como pensaba este pecador que horita se ve en el trance de quitarte la vida que te dió hace veinte años! ¡No es justo quedes en el mundo para que te gocen los enemigos de tu padre y te baldonen llamándote hija del chingado Banderas! Oyendo tal, suplicaban, despavoridas, las mucamas que tenían a la loca en custodia. Tirano Banderas las golpeó en la cara: —¡So chingadas! Si os dejo con vida es porque habéis de amortajármela como un ángel! Sacó del pecho un puñal, tomó a la hija de los cabellos para asegurarla y cerró los ojos. Un memorial de los rebeldes, dice que la cosió con quince puñaladas. Tirano Banderas salió a la ventana blandiendo el puñal y cayó acribillado...» (No olvidemos la referencia—entre paréntesis—. Las fuentes de Valle-Inclán son, en gran parte, de carácter histórico, y notablemente relacionadas con América, supremo reactivo de la raza, allá precipitada bajo todas las especies, nobles e innobles, de la energía.)

Como Tirano Banderas, Lope de Aguirre; como la hija del uno, la hija del otro. Pero en la *Relación*,

de Hernández, el hecho histórico se muestra con horrible patetismo, difícil de superar. Al recibir el primer arcabuzazo, el loco exclamó: «Mal tiro.» Al segundo, dijo: «Éste sí que es bueno...» Alguien llevó a Tucuyo la basquiña ensangrentada de Elvira de Aguirre; bandera atroz, reliquia de monstruoso sacrificio.

Melchor Fernández Almagro.